



Anthony Trollope

Noviazgo y matrimonio

Cuentos

En los cuentos reunidos en esta antología preparada por Marta Salís, recorreremos medio mundo —de Saratoga Springs a Nueva Zelanda, de los Pirineos a Viena, pasando por pequeñas ciudades inglesas— para asistir a los desvelos, abnegaciones y ardidés de unas jóvenes casaderas en general más preocupadas por su felicidad que por su respetabilidad, a pesar de que no todas dispongan de los medios para alcanzarla. *Noviazgo y matrimonio* cuenta historias de amores aplazados, de relaciones equívocas, de compromisos impuestos y de heroínas capaces de manipular a sus pretendientes o a sus padres con tal de vencer los prejuicios sociales o de defender su libertad de decisión. Constituyen, en conjunto, un espléndido ejemplo de la obra de Anthony Trollope, de la que dijo Nathaniel Hawthorne que «era tan real como si un gigante hubiera excavado un gran trozo de tierra y lo hubiera encerrado en una campana de cristal: allí sus habitantes seguirían con sus quehaceres cotidianos, sin sospechar que eran objeto de exhibición». El mismo Trollope afirmó que nunca había pretendido otra cosa más que ver «a los hombres y los mujeres andar por ese gran trozo de tierra como andan aquí entre nosotros», describiendo «los detalles más habituales de la vida corriente de la gente más común».

NOTA AL TEXTO

«El noviazgo de Susan Bell» fue escrito en julio de 1859 y se publicó en agosto de 1860 en la revista *Harper's New Monthly Magazine*. Más tarde formaría parte del volumen de relatos *Tales of All Countries: First Series*, editado por Chapman & Hall, noviembre de 1861.

«*La mère Bauche*», escrito entre septiembre y octubre de 1859, no se publicaría hasta noviembre de 1861, en el volumen de relatos *Tales of All Countries: First Series*, Chapman & Hall.

«La hija del pastor de Oxney Colne», escrito en enero de 1861, apareció por primera vez en *The London Review*, en marzo de 1861. Más tarde se incluiría en el volumen de relatos *Tales of All Countries: Second Series*, Chapman & Hall, febrero de 1863.

«El viaje a Panamá» fue escrito en noviembre de 1861 y se publicó ese mismo año en *The Victoria Regia: Original Contributions in Poetry and Prose*, Emily Faithfull and Company, editado por Adelaide Proctor. Años después formaría parte del volumen de relatos *Lotta Schmidt and Other Stories*, Strahan, agosto de 1867.

«La señorita Ophelia Gledd», escrito en marzo de 1862, apareció por primera vez en *A Welcome: Original Contributions in Poetry and Prose Addressed to Alexandria, Princess of Wales*, Emily Faithfull and Company, 1863. Más tarde se

incluiría en el volumen de relatos *Lotta Schmidt and Other Stories*, Strahan, agosto de 1867.

«Lotta Schmidt» se publicó en la revista *Argosy*, en agosto de 1866, y en el volumen de relatos *Lotta Schmidt and Other Stories*, Strahan, agosto de 1867.

«Catherine Carmichael», escrito en octubre de 1878, apareció por primera vez en el número navideño de *Masonic Magazine*, en noviembre de 1878. Más tarde se incluiría en el volumen de relatos *Why Frau Frohman Raised Her Prices and Other Stories*, Wm Isbister, diciembre de 1882.

«Las dos heroínas de Plumplington» fue escrito entre junio y julio de 1882, y se publicó en *Good Cheer*, el número navideño de *Good Words*, en diciembre de 1882.

Excepto en «*La mère Bauche*», en todos los casos se ha partido del texto de las revistas para la traducción.

EL NOVIAZGO DE SUSAN BELL

(1860)

John Munroe Bell había sido abogado en Albany, estado de Nueva York, y había prosperado en la vida. Y había prosperado mientras se le permitió hacerlo; pues el Todopoderoso estimó oportuno acortar su paso por este mundo.

Se había casado muy joven con una mujercita tímida, solícita, hermosa y buena, cuyo único afán había sido cumplir la voluntad de su marido y ser digna de su amor. Y no sólo había sido digna de su amor, sino también dueña y señora, y, mientras John Munroe Bell vivió, Henrietta Bell-Hetta, como la llamaba su esposo había sido una mujer muy afortunada. Después de doce años de felicidad, él la había dejado con dos hijas, una segunda Hetta y Susan Bell, la heroína de nuestro pequeño relato.

Un abogado de Albany puede ganarse muy bien la vida ocho o diez años, pero no dejar mucho dinero si muere al concluir ese período. John Bell había conseguido ahorrar algo, unos pocos miles de dólares, por lo que su viuda y sus hijas no se vieron obligadas a ganarse el sustento.

En aquellos días felices en que el joven padre de familia había empezado a amasar una fortuna, se le había metido en la cabeza construir para él, o mejor dicho, para sus hijas, una casita encantadora en las afueras de Saratoga Springs. Se trataba de una inversión excelente para su bolsillo y, además, era un lugar muy saludable para las niñas. Amue-

bló muy bien la casa y, aunque a veces la alquilaba, su mujer pasaba en ella algunas semanas estivales.

No es necesario relatar cuánto lloró la viuda cuando dieron sepultura al señor de su corazón y amo de sus pensamientos. En la época de nuestra historia, llevaba diez años viuda y sus hijas eran ya dos jovencitas. Desde el trágico día en que abandonaron Albany, las tres habían residido en la casa de Saratoga Springs. En invierno, su vida era muy solitaria; pero, en cuanto el calor obligaba a salir de la ciudad a los neoyorquinos, tenían siempre dos o tres huéspedes —normalmente señoras mayores y, de vez en cuando, algún caballero anciano—, personas de costumbres muy rutinarias, cuyos bolsillos preferían los moderados precios de la viuda a los de un hotel. Y así vivieron las Bell durante diez años.

Todo el mundo sabe que Saratoga es un lugar muy animado en julio, agosto y septiembre. Para las jóvenes que llegan con baúles repletos de muselinas y crinolinas, a las que siempre espera un carruaje con dos caballos después de la cena, y a cuyos padres les sobra el dinero, es un lugar realmente animado. Los bailes y el flirteo son algo natural, y el matrimonio les sucede, por desgracia, con demasiada rapidez. Sin embargo, no era un sitio nada divertido para Hetta o Susan Bell.

En primer lugar, la viuda era una mujer muy tímida y, entre otras cosas, temía que alguien la culpara de querer cazar maridos. ¡Pobres madres! Cuántas veces son acusadas de ese pecado cuando lo único que desean, llenas de nobleza, es que sus hijas sean respetables. Y, además, tenía miedo de los coqueteos; de los coqueteos que no dan fruto, de los coqueteos que resultan tan dañinos para la esencia más dulce del corazón. También le asustaba el amor, aunque lo deseaba tanto como lo temía; para sus hijas, quiero decir, pues esa clase de sentimientos llevaban mucho tiempo enterrados para ella; y, como era una criatura muy apocada, tenía otros temores indefinidos, y entre ellos

un miedo cerval a que sus niñas no encontraran marido, algo que, después de sus doce años de felicidad, le parecía cualquier cosa menos deseable. Pero el resultado —el resultado de tantos temores y tan pocos recursos— era que Hetta y Susan Bell llevaban una vida muy aburrida.

Si no tuviera que ceñirme rigurosamente a un número de páginas, describiría con todo detalle las virtudes de Hetta y de Susan Bell. Pero tengo que ser breve. En aquel período de sus vidas, Hetta tenía veintiún años y Susan había cumplido diecinueve. Hetta era una joven llenita, pundonorosa, con el cabello muy liso y los ojos castaños y muy brillantes. Era de gran ayuda en la casa, hacía unos bizcochos de maíz deliciosos y no descuidaba nada, sobre todo en los últimos meses, sus deberes religiosos. A veces su hermana, cuando estaban a solas en su pequeño dormitorio, le tomaba el pelo por la paciencia y admiración con que escuchaba los interminables sermones del señor Phineas Beckard, el ministro baptista. Lo cierto es que el señor Phineas Beckard era soltero.

Susan no era tan buena en la cocina o en la casa como su hermana, pero era admirable en el salón; y, si se hubiera podido arrancar el secreto más íntimo de aquel corazón materno —del que jamás habría aflorado nada doloroso para la encantadora Hetta—, tal vez se hubiera descubierto que Susan era su hija predilecta. Era más alta que su hermana, y más delgada; sus ojos eran azules como los de su madre; su cabello, más claro y brillante que el de Hetta, aunque no siempre tan bien peinado. Tenía un hoyuelo en la barbilla, Hetta no; y dos hoyuelos en las mejillas cuando se reía; y ¡unos labios tan hermosos! Y eso es todo; el número de páginas de este relato no me permite escribir más.

Un día helador de invierno llamó a la puerta de la viuda... un hombre joven. Los días invernales, cuando el hielo de enero vuelve a congelarse con el viento de febrero, son muy fríos en Saratoga Springs. En aquella época, no pasaban muchas cosas que perturbaran la paz en casa de la se-

ñora Bell; pero aquel día llamó a la puerta... un hombre joven.

La señora Bell conservaba una vieja criada desde los tiempos felices de Albany. Se llamaba Kate O'Brien, pero, a pesar de su apellido, no era nada pintoresca. Era una anciana irlandesa, rolliza, escandalosa y simpática, que llevaba con la señora Bell desde que había empezado a ocuparse del gobierno de la casa, siendo testigo de sus días de prosperidad, y que no se había separado de ella desde entonces. Había conocido a Hetta cuando era un bebé, y casi podía decirse que había visto nacer a Susan.

—¿Qué desea, señor? —preguntó Kate O'Brien, no demasiado contenta, al parecer, mientras abría la puerta y dejaba entrar el aire glacial.

—Querría ver a la señora Bell. ¿Es ésta su casa? —inquirió el joven, sacudiendo la nieve de la parte delantera de su abrigo.

Y vio a la señora Bell, y ahora explicaremos quién era, el porqué de su visita, y qué ocurrió para que su maleta fuera enviada a casa de la viuda, le prepararan uno de los dormitorios principales, y tomara el té aquella misma noche en su salón.

Se llamaba Aaron Dunn, y era ingeniero. Nunca entendí muy bien qué clase de percance había ocurrido en aquellos días de escarcha y nieve en las vías del tren que van de Schenectady al lago Champlain. El caso es que algo pasaba con los terraplenes y los puentes, y había recaído sobre los hombros de Aaron Dunn la responsabilidad de dirigir aquellas reparaciones. Saratoga Springs estaba en el centro de la zona afectada, por eso necesitaba alojarse allí temporalmente.

En aquella época residía en Nueva York un tal señor Bell, experto en asuntos ferroviarios, además de tío del antaño próspero y ahora difunto abogado de Albany. El señor Bell era un hombre rico, pero bastante mezquino con su dinero; o, al menos, no había sentido el deseo de compartirlo

con la viuda y las hijas de su sobrino. Pero cuando, casualmente, tuvo que enviar a Aaron Dunn a Saratoga, se llevó al joven aparte y le recomendó que se hospedara en casa de la viuda.

—Tome, señor Dunn —dijo—; muéstrole mi tarjeta.

Y es cuanto se dignó hacer el tío rico por la viuda de su sobrino.

La señora Bell y sus dos hijas estaban en el salón cuando hicieron pasar a Aaron Dunn, cubierto de nieve. Les contó su historia con voz ronca y entrecortada, pues le castañeteaban los dientes; y les entregó la tarjeta, deseando casi haber ido al enorme hotel vacío, pues la bienvenida de la viuda no fue al principio demasiado cordial.

La señora Bell escuchó su explicación, y luego cogió la tarjeta y la examinó. Hetta, sentada junto a la chimenea, frente a la puerta, continuó leyendo recatadamente su libro. Susan miró a uno y otro lado —estaba de espaldas al forastero—, y luego acercó un poco su silla a la pared para que el joven pudiera calentarse junto al fuego, si así lo deseaba. Él no se movió, pero sus ojos se posaron en Susan Bell; y pensó que el anciano de Nueva York tenía razón, que el enorme hotel sería frío y aburrido. En una noche tan heladora como aquélla, era un placer mirar aquel hermoso rostro cuando lo levantaba de la media que estaba zurciendo.

—Tal vez no quiera coger huéspedes en invierno, señora Bell —exclamó Aaron Dunn.

—Es algo que no hemos hecho nunca —respondió tímidamente la viuda.

¿Podía dejar que aquel lobo entrara en el redil con sus ovejas? Quizá fuera un lobo, cualquiera sabía.

—El señor Bell pensó que sería una buena solución —añadió Aaron.

Si hubiese aceptado las tímidas palabras de la viuda y no hubiera insistido, sus esperanzas se habrían truncado.

Pero ella no quería disgustar al poderoso tío, de modo que dijo:

—Quizá tenga razón, señor Dunn.

—Estaría bien —dijo Aaron.

Y entonces la viuda, viendo que el asunto estaba decidido, dejó sus labores y salió al pasillo. Hetta la siguió, pues debían hacer algunos preparativos. Aaron volvió a sacudirse la nieve, pagó los dólares semanales —sin objetar nada, pues había conseguido ver de nuevo el rostro de Susan—, y fue a buscar su maleta.

Y así fue como Aaron Dunn consiguió entrar en casa de la viuda.

Y ¿si es un lobo?, se repitió a sí misma una y otra vez aquella noche, aunque no exactamente con estas palabras. Pero esa pregunta podía formularse de otro modo. Y ¿si es un hombre honrado, leal, de mente despierta y manos hábiles, fuerte y cariñoso... que quizá necesite una esposa? ¿Un hombre capaz de mantenerse... no sólo a él sino también a otra persona... y a media docena más cuando esa media docena llegue? ¿No sería un buen huésped?

También esa clase de preguntas revoloteaban, sólo revoloteaban, en el insomne cerebro de la viuda. Pero lo cierto es que ¡pensaba mucho más en el lobo! Había aprendido que los lobos abundaban más que los hombres honrados, leales y deseosos de encontrar esposa.

—Me gustaría saber por qué mamá ha accedido a hospedarlo —dijo Hetta, cuando las dos jóvenes estuvieron a solas en su pequeño dormitorio.

—Y ¿por qué no iba a hacerlo? —inquirió Susan—. Será una ayuda.

—Sí, será una pequeña ayuda —replicó Hetta—. Pero hasta ahora nos las habíamos arreglado muy bien sin coger huéspedes en invierno.

—Pero el tío Bell le pidió que lo alojara.

—Y ¿qué nos importa lo que diga el tío Bell? —exclamó Hetta, que tenía mucho carácter.

Y empezó a preguntarse en su fuero interno si Aaron Dunn se uniría a la congregación baptista, y si Phineas Beckard aprobaría que viviese con ellas.

—En cualquier caso, es un joven muy bien educado —comentó Susan—, y dibuja de maravilla. ¿Has visto lo que estaba haciendo?

—Sí, supongo que dibuja muy bien —dijo Hetta, que no consideraba esto garantía de buena conducta.

Hetta también tenía algo de miedo a los lobos... pero, quizá, más que por ella, por su hermana.

El trabajo de Aaron Dunn —la primera parte de su trabajo se hallaba a cierta distancia de Saratoga Springs—, y él se marchaba a diario con un grupo de obreros en el primer tren, casi antes del amanecer. Y todas las mañanas, por muy frías y heladoras que fueran, la viuda le servía el desayuno con sus propias manos. Era ella quien recibía sus dólares, y no quería dejarlo a merced de la ruda Kate O'Brien; y tampoco permitía que sus hijas atendieran al joven. Lo cierto es que podría habérselo confiado a Hetta, pero entonces Susan habría querido saber por qué la dispensaban de aquella tarea.

Por la tarde, Aaron salía de trabajar cuando había oscurecido y regresaba a Saratoga Springs, donde pasaba la velada con la viuda y sus dos hijas. Pero lo hacían con el mayor decoro. Las mujeres preparaban el té, cortaban el pan con mantequilla y luego sacaban sus labores de aguja; entretanto, Aaron Dunn, cuando retiraban las tazas, se enfrascaba en sus planos y dibujos.

Los domingos pasaban bastante tiempo juntos; aunque ese día también se separaban, pues Aaron asistía a la iglesia episcopaliana, algo que no agradaba a Hetta. Por las tardes, sin embargo, se reunían en la sala; y Phineas Beckard iba a tomar el té, y los dos jóvenes hablaban de religión; y, aunque casi nunca estaban de acuerdo y ninguno de los dos daba su brazo a torcer, el ministro le dijo a la viu-

da, y probablemente también a Hetta, que el muchacho era buena persona, a pesar de ser tan obstinado.

—Pero debería ser más respetuoso cuando discute esos asuntos con un ministro —comentó Hetta.

El reverendo Phineas respondió que tal vez tenía razón; pero fue lo bastante honrado para insistir en que el muchacho era buena persona.

«Tal vez, después de todo, no sea un lobo», pensó la viuda.

Las cosas siguieron así más de un mes. Aaron se repetía una y otra vez lo hermoso que era mirar aquel rostro e, inconscientemente, se las prometía muy felices conversando o paseando quizá con su dueña. Pero aún no había tenido éxito con los paseos... ni siquiera con las conversaciones. La verdad es que Dunn era muy tímido con las jóvenes, aunque pudiera ser tan obstinado con el ministro baptista.

Y, en vista de que no hacía progresos, se enfadó consigo mismo; y, mientras yacía en su cama —que tal vez hubieran ayudado a hacer aquellas preciosas manos— decidió ser un poco más audaz. No pensaba cortejar a Susan Bell; por supuesto que no. Pero ¿por qué no iba a divertirse un poco hablando con aquella hermosa joven que se sentaba a su lado noche tras noche?

—¡Qué muchacho tan callado! —dijo Susan a su hermana.

—Tiene que ganarse el pan, y sólo piensa en su trabajo —contestó Hetta—. Seguro que se divierte cuando está en la ciudad —añadió, pues no quería dejar una impresión tan favorable del joven.

Todos tenían un sitio fijo en el salón. Hetta se sentaba a un lado de la chimenea, muy cerca de la mesa, donde siempre estaba de lo más ajetreada. Desarrollaba tal actividad que debía de haber confeccionado todos los vestidos y la ropa blanca de la casa, y de haber cosido el dobladillo de todas las sábanas y toallas. Algunas veces, más o menos un día a la semana, aparecía Phineas Beckard, y entonces le

dejaban sitio entre el asiento habitual de Hetta y la mesa. Pues, cuando estaba allí, les leía en voz alta. En el otro extremo, también muy cerca de la mesa, se hallaba la viuda, siempre ocupada, pero no tan febrilmente como su hija mayor. Entre la señora Bell y la pared, se sentaba Susan con los pies apoyados en la pantalla de la chimenea; no completamente ociosa, haciendo alguna bonita y delicada labor de aguja y hablando de vez en cuando con su madre. Enfrente de ellas, al otro de la mesa, muy alejado del fuego, se instalaba Aaron Dunn con sus planos y dibujos.

—¿Entiende un poco de puentes, señora Bell? —preguntó Aaron, al día siguiente de tomar su resolución.

Y de ese modo inició su cortejo.

—¿De puentes? —exclamó la viuda—. ¡Oh, no! ¡Qué cosas dice!

Pero extendió la mano para coger el pequeño dibujo que Aaron le entregaba.

—Porque he diseñado éste para la nueva línea secundaria de Moreau al lago George. Imagino que la señorita Susan sabe algo de puentes.

—No creo —respondió Susan—; sólo sé que no deberían caerse cuando llegan las heladas.

—¡Ja, ja, ja! No, no deberían hacerlo. Se lo contaré a McEvoy —un ingeniero que había trabajado antes en aquella línea—. Bueno, supongo que éste no se caerá.

—¡Caramba! ¡Qué bonito! —exclamó la señora Bell; y Susan se levantó de un salto para mirar por encima del hombro de su madre.

¡El muy artero! Había dibujado y coloreado un precioso puente; no un plano de ingeniero con secciones y medidas, fastidioso para el ojo femenino, sino un pequeño y elegante puente con una fila de carruajes pasando por debajo. Casi se podía oír el sonido del silbato.

—¡Qué puente tan bonito! —exclamó Susan—. ¿Verdad, Hetta?

—No sé nada de puentes —dijo su perspicaz hermana, que había comprendido lo que tramaba el joven.

Pero, a pesar de su inteligencia, la señora Bell y Susan se habían apresurado a acercar las sillas a la mesa y estaban mirando el contenido del portafolios de Aaron.

«Pero todavía es posible que sea un lobo», pensó la pobre viuda, cuando se arrodilló para rezar sus oraciones.

Aquella velada supuso un gran avance. Aunque Hetta siguió haciendo tenazmente el patrón de un nuevo vestido, las otras dos damas no volvieron a dar una puntada en toda la noche. Aaron pasó de los dibujos a sus instrumentos de trabajo, y, antes de que llegara la hora de acostarse, estaba enseñando a Susan a trazar dos líneas paralelas. La joven descubrió que tenía aptitudes para hacerlo, y lo cierto es que lo pasó muy bien aquella noche. Es muy aburrido pasar semana tras semana, un mes tras otro, hablando únicamente con tu madre y con tu hermana. Es muy aburrido aunque a uno le cueste reconocerlo. Un pequeño cambio en ese sentido es muy agradable. A Susan ni se le había pasado por la cabeza considerar a Aaron un posible enamorado. Pero a las damas jóvenes les gusta conversar con los caballeros jóvenes. Oh, mi querida anciana, tan correcta y tan formal, usted que se sorprende de que esto sea una verdad universal, ¿jamás se le ha ocurrido pensar que es el Creador quien lo ha querido así?

Susan, sin entender apenas cómo y por qué, supo que lo había pasado muy bien, y se fue a la cama muy animada. Pero las artimañas del joven habían horrorizado a Hetta.

—¡Oh, Hetta, tenías que haber mirado sus dibujos! ¡Tiene tanta facilidad! —dijo Susan.

—No creo que me hubieran aportado nada —replicó la joven.

—¡Pues a mí me han aportado mucho más que un largo sermón! —exclamó Susan—. Excepto el domingo, naturalmente —añadió, como si quisiera disculparse.

Aquél era un virulento ataque tanto a Hetta como a su admirador. Pero ¿por qué estaba tan irritable su hermana?

«Seguro que es un lobo», pensó Hetta al acostarse.

«¡Qué joven tan inteligente!», pensó Susan mientras se arropaba en la cama.

«¡Cuántos progresos!», pensó Aaron, enfrascado en las mismas operaciones y, por primera vez en mucho tiempo, con un sentimiento de amor propio.

Durante la siguiente quincena, la organización familiar experimentó ciertos cambios. A menos que estuviera Beckard, Aaron se sentaba en el sitio de la viuda, ésta en la silla de Susan, y las dos jóvenes enfrente. Y entonces Dunn les leía; no sermones, sino pasajes de Shakespeare, Byron y Longfellow.

—Lee mucho mejor que el señor Beckard —comentó Susan una noche.

—¡Ni que fueras un juez competente! —replicó Hetta.

—Quiero decir que me gusta más su forma de leer —explicó Susan.

—¡Menos mal que no todos pensamos lo mismo! —repuso su hermana.

Por otra parte, conversaban muchísimo. La propia viuda, tan poco consciente de ello como su hija pequeña, encontró muy agradable un poco de variedad en aquellas largas veladas invernales; y se expresaba con una libertad nada habitual. Y Beckard las visitaba más a menudo y se mostraba muy locuaz. Cuando se encontraba allí, los dos hombres llevaban la conversación, y entablaban unas discusiones feroces. Y, sin embargo, nació entre ellos una especie de amistad.

—El señor Beckard parece haberse encariñado con él —dijo la señora Bell a su hija mayor.

—El ministro es un hombre tan bondadoso, madre —respondió Hetta.

Fue al final del segundo mes cuando Aaron dio otro paso adelante: un paso peligroso. Algunas veces, cuando os-